

EL ARTE

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Director: D. ELADIO LEZAMA.

COLABORADORES.

Abarzuza (D. Ventura).
Alarcon (D. Pedro Antonio).
Albaladejo (D. Tomás).
Alcalá Galiano (D. José).
Alvarez (D. Miguei de los Santos).
Arnao (D. Antonio).
Arrieta (D. Emilio).
Balart (D. Federico).
Barbieri (D. Francisco Asenjo).
Benedicto (D. José).
Benitez (D. José).
Blasco (D. Eusebio).
Castro y Serrano (D. José).
Catalina (D. Manuel).
Casado del Alisal (D. José).

Céspedes (D. Dario).
Chico de Guzman (D. Ramon).
Coupigny (D. Juan).
Eslava (D. Hilarion).
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
Fortuny (D. Mariano).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
García y García (D. José).
García Santisteban (D. Ratael).
Haes (D. Carlos).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Jimenez Delgado (D. Juan J).
Jimeno Agius (D. José).
Jimeno (D. José Hdefonso).
Jimeno (D. Roman).

Liniers (D. Santiago).
Maroto (D. Eduardo).
Mélida (D. Enrique).
Mora (D. Juan de Dios).
Moran (D. Jerónimo).
Perez Cosio (D. Leandro).
Pujol (D. Juan Bautista).
Romea (D. Julian).
Sans (D. Francisco).
Sanz (D. Eulogio Florentino).
Selgas (D. José).
Serra (D. Narciso).
Trueba y Quintana (D. Antonio).
Vega (D. Ricardo de la).
Vergara (D. Mariano).

AÑO I.

DOMINGO 18 DE NOVIEMBRE DE 1866.

NÚM. VII.

SUMARIO.

REVISTA DRAMÁTICA, por D. Eladio Lezama.—EL COLLAR DE PERLAS (continuacion), por D. Santiago de Liniers.—A LAURA, poesia inédita de D. Ventura de la Vega.—BIOGRAFÍAS ARTÍSTICAS, Wiertz (conclusion), por D. Antonio Echavarría.—VARIÉDADES.

REVISTA DRAMÁTICA.

La última comedia del Sr. Larra es una prueba más de la estraña influencia á que se hallan sometidos casi todos nuestros autores dramáticos contemporáneos. No parece sino que se han propuesto convertir el escenario en una cátedra de moral ó en un púlpito.

Si en esto sólo padeciese el arte, cuya mision no debe ser dar preceptos morales ó explicar el Catecismo, nada tendria por mi parte que decir á hombres que desconocen, ó aparentan desconocer el objeto del teatro, y que se obstinan en aplicarlo á un fin que no es el suyo. Pero el caso es que la misma moral, á cuyo servicio se pone el arte, sale mal librada en estas tentativas, dignas de censura bajo cualquier aspecto que se miren.

¿Qué efecto ha de producir una leccion moral dada entre una sinfonia y una tanda de rigodones? ¿Qué impresion han de causar las austeras máximas de nuestra religion dichas por los actores y entre la mundana pompa del espectáculo dramático? ¿Es sitio oportuno para aconsejar el desprecio de las riquezas, la renuncia de los placeres y el olvido del mundo un teatro, donde todo concurre á desplegar ante la imaginacion las magnificencias y las seducciones de la vida?

Yo comprendo perfectamente la *Imitacion de Cristo*; yo encuentro admirable la obra bajo el punto de vista literario; yo he sentido al leerla el encanto de aquel ardiente misticismo; pero si me leyese ese libro en uncafé cuando estoy tomando un sorbete y hablando de politica, ¿creen ustedes que me produciria el mismo efecto? ¿Les parece á ustedes que seria ese el momento oportuno para que yo me dejase persuadir por las doctrinas de la obra?

Siempre me ha parecido una horrible disonancia el contraste que resulta cuando al acabar una comedia en que se ha estado predicando la virtud, vuelve á alzarse el telon y aparecen con su incitante desnudez las bailarinas.

Una de dos, ó comedia ó sermon: las dos cosas á un tiempo es imposible.

Y no se deduzca de aquí que el arte es incompatible con la moral, y que lo que se oye en el sermon ha de ser precisamente lo contrario de lo que se ve en la comedia. Nada de eso. El arte debe aspirar únicamente á la belleza; pero es casi imposible que la encuentre, siempre que se aparte del camino que conduce al bien y á la verdad.

Aun en las artes del dibujo, donde por razones muy fáciles de comprender el artista no se halla tan rigurosamente sometido á ciertas leyes de decoro y conveniencia; aun en los casos en que más amplia libertad se le concede para la realizacion de la belleza plástica, pocas veces se verá que resulte una obra verdaderamente bella si un pensamiento impuro viene á turbar la serena admiracion del espectador que la contempla. Sólo en una naturaleza enteramente refractaria al sentimiento artistico, pueden producir una impresion poco casta las divinas formas de la Venus de Praxiteles. El verdadero arte no puede ser inmoral nunca.

Pero esta digresion me ha llevado muy lejos de la comedia del Sr. Larra.

El bien perdido,—este es el titulo de la obra,—pertenece á esa clase de comedias que se ha dado en escribir ahora contra las llamadas tendencias materialistas de nuestra sociedad, y que hacen á la moratán buen servicio como haria á las matemáticas un compositor que pusiese en música la tabla de logaritmos.

El Sr. Larra quiere probar en su comedia que los comerciantes de ultramarinos deben irse á Jadraque, en vez de estarse en Madrid ganando millones en la Bolsa. Por interés del mismo Sr. Larra, quiero creer que no conseguirá ese resultado, pues si los comerciantes de ultramarinos se fuesen de aquí, yo no sé quién podria aplaudir comedias como la suya.

El argumento de ésta se reduce á lo siguiente: Pedro García y Prisca Bolaños son dos esposos que han ganado algunos cuartos vendiendo quesos de bola y aceitunas sevillanas; seducidos por la ambicion, contrarian las inclinaciones de su hija, que está enamorada de un señorito de Jadraque, y se empeñan en casarla con un marqués, como lo consiguen en efecto.

Esto es lo que pasa en los dos primeros actos. Los papás de la chica pasan el tiempo disputando con el papá del novio en un estilo que no se distingue por la cultura ni por la gracia. La muchacha llora que se las pela al ver que la separan de su novio; aquella chica parece un aguacero; el novio pide permiso á su papá para ir á Madrid á ser un grande hombre, para lo cual trata de meterse de gacetillero en un periódico.

Entre paréntesis; la accion del segundo acto pasa en este mismo año de 1866, como lo prueban las alusiones á modas que están en voga todavia; v. g. las cintas y las corbatas llamadas *sigueme pollo* y *no me da la gana*; pues bien, del segundo al tercer acto median dos ó tres años, de manera que la comedia viene á terminar en el año de 1869 de lo cual resulta que el tercer acto está hecho en profecía.

Y por Dios que no merece la pena de meterse á profeta para hacer lo que ha hecho el Sr. Larra.

Figúrense ustedes..... pero ¿quién se ha de imaginar lo que sucede al final de la comedia? Despues de habernos mostrado tipos vulgares y prosáicos que se espresan en un estilo demasiado familiar algunas veces y que se dicen desvergüenzas nada líricas, despues de entretenernos con escenas, más propias de un sainete que de la comedia, cuando D. Pedro no tiene bolsillos para meter sus millones y carteras y doña Prisca ha conseguido ver marquesa á su hija, sale ésta, se sienta en una butaca y se muere tísica á presencia del espectador, que al ver aquello no sabe á qué santo encomendarse.

Verdad es que el autor puede alegar en defensa de esta obra lo que decia D. Eleuterio de la suya; que me digan si una mujer que no ha comido en seis dias tiene razon de morir; ó lo que es lo mismo: que me digan si una mujer á quien no dejan casarse con su novio tiene razon de morir se tísica.

En suma, *El bien perdido* gustó á ciertos espectadores que yo no sé si habian ido á casa de la Ramirez á retozar con la criada y á comer queso y pimientos en vinagre, como dice Moratin, pero que aplaudian efectivamente como desesperados. Buen provecho.

El Sr. Catalina (D. Juan) ha escrito una pieza en un acto titulada *El padre de la criatura* que sigue representándose con aplauso en el teatro de la Zarzuela. El autor, al llamarla juguete cómico demuestra que la ha escrito sin pretensiones literarias y sin más objeto que entretener agradablemente al público por espacio de media hora. Si ese era su fin fuerza es confesar que lo ha conseguido por completo.

Por mi parte añadiré que ese juguete me revela en el Sr. Catalina cierta *vis* cómica y algunas condiciones de escritor dramático que quisiera ver ensayadas en obras de más empeño.

Veo que me he estendido demasiado con la comedia del Sr. Larra y sólo me queda espacio para decir que la obra presentada en escena en los Bufos con el título *Un cuadro, un melonar y dos bodas* tuvo un éxito que ha obligado á la empresa de ese teatro á manifestar públicamente que otra vez pondrá más cuidado en ver lo que recibe.

Yo no digo que esa obra sea buena, ¡Dios me libre! pero sí puedo afirmar que he visto algunas veces aplaudidas cosas peores. Por otra parte ¿cómo juzgar con severidad las producciones de un teatro que parece haber heredado aquellas tres famosas llaves de que nos habla Lope de Vega?

Lo estraño es que para producir una obra como esa haya sido preciso el concurso de cinco ingenios; los encargados de la parte literaria no han debido trabajar gran cosa, pues, segun tengo entendido, la pieza ha sido traducida del francés; en cambio, segun parece, la música no ha sido *traducida del francés*, pero si se tiene en cuenta que está escrita por tres compositores, apenas resultarán estos á semicorchea por barba.

Siguiendo este camino, dia llegará en que cuando se llame al autor, el público verá presentarse una cuadrilla.

ELADIO LEZAMA.

EL COLLAR DE PERLAS,

CUENTO INVEROSIMIL

POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

Continuacion.

X.

Al dia siguiente nadie parecia acordarse en casa de D. Cosme de los complicados sucesos de la vispera, y nadie hubiese adivinado en los apacibles semblantes de sus moradores cuán terrible lucha habian sostenido pocas horas antes, y qué triunfo habian logrado sobre sus tiránicas pasiones.

Al hablar de lucha y de triunfo, no me refero á Ire-

ne, que, por completo entregada á sus amorosos sentimientos, venció sin combate, y regocijada de tan fácil victoria, llena de fe y confianza en un porvenir más que nunca sereno y apacible, gozaba á sus anchas de tan serena ventura; me refiero á D. Cosme, vencedor de sus ambiciosas esperanzas, á doña Brígida, triunfante de sus inocentes aunque comprometedoras vacilaciones ¿y por qué no? también me refiero á Petra la alcarreña, vencedora igualmente de sus intempestivas curiosidades.

El imperio de estas tres personas sobre sus pasiones no fué, sin embargo, tan completo que no les quedara alguna duda, aunque pequeña, acerca del plan de conducta que se habían propuesto seguir.

Así D. Cosme, que había contraído consigo mismo un formal compromiso de nunca más volver á pensar en la frustrada boda, al salir de su cuarto y pasar por la sala, á la vista del cofre que arrinconado y envuelto en una colcha, parecía aguardar una ocasión oportuna para desembozarse y salir á la escena, no pudo menos de encasquetarse el sombrero con más rabia de la que acostumbraba y murmurar entre dientes ¡alguna vez les ha de pesar! exclamación que fué repitiendo hasta llegar á la oficina.

Así doña Brígida que se había jurado apartar su imaginación de las preciosidades que suponía había de encerrar el cofre misterioso, al salir para encaminarse á las *Cuarenta Horas* no pudo menos de entrar en la sala, levantar la pudorosa colcha que cubría aquel voluminoso receptáculo y al ver el cartelón que en gruesos caracteres decía «Para el Sr. D. Cosme N. etc.» hizo involuntariamente un gesto de penoso arrepentimiento, en el que bien á las claras estaba retratado el pensamiento que en aquel instante bullía en su imaginación, que no era otro que el siguiente: «¡qué guapa estaría Irene con todas las cosas que debe haber dentro de ese cofre!»

Y si personas como D. Cosme y doña Brígida, á quienes por su edad y educación hemos de suponer colocadas en la cima de la circunspección y de la prudencia, se olvidaron un poco de sus propósitos de la víspera, ¿será mucho que Petra, la aturdida y vivaracha Petra, saliese también del retraimiento que voluntariamente se había impuesto cuando con bruscos ademanes cerró tras sí la puerta de la cocina?

Cierto que no, y á nadie, y mucho menos á ustedes, les sorprenderá oír á la entrometida alcarreña conversar mano á mano con su señorita como tenía de costumbre siempre que el señor, y singularmente la señora, á quien temía más que á aquél, no se encontraba en casa.

Y supongo que esta familiaridad de la criada y esta llaneza del ama no les chocará á Vds., porque de antemano les tengo dicho que Irene tenía un carácter encantador, con el que fácilmente se explica descendiese hasta comunicarse con su cocinera, y á mayor abundamiento, en momentos de soledad y abandono de difícil empleo para quien como ella solía tener siempre ocupadas las manos y vacía la imaginación, y digo vacía, porque el recuerdo de Fernando era tan suyo, y por decirlo así tan de la casa, que ni ocupa-

ba trecho ni daba más que hacer que el florero de conchas puesto en la rinconera de la sala.

Hablaban, pues, ama y criada, y hacían bien en hablar, que la palabra es don del cielo, alivio de las imaginaciones ensimismadas y consuelo de secretas aflicciones, y hablaban en voz baja, en lo cual ya no me atreveré yo á decir que hiciesen igualmente bien, porque el que habla bajo algo que no es para pronunciado alto dice, y conversaciones secretas más huelen á conspiración que á confidencia, y más cerca están de lo malicioso que de lo inocente. Mas si se considera que es la malicia cosa que no puede juzgarse en absoluto, y que hay tantas especies de ella, que la inocente malicia que hace bajar la voz y enrojecer la mejilla de la niña de diez y ocho abriles, parecería insípida y venial á una coqueta de treinta años, si es que las coquetas tienen alguna vez edad, disculpa y ámplia tiene Irene para ser maliciosa, y aun nosotros para sorprender y comentar sus cartas y pueriles malicias.

—¿Sabes, decía á su confidenta, que es una lástima que Fernando haya tenido hoy que ir á Pozuelo á ver á sus padres?

—¡Ya lo creo! si no es por eso, contestó Petra, ya estaría V. en el balcon y él en el portal del 18, haciéndose gestos.

—¡No, tonta! continuó diciendo Irene con la mayor inocencia; mira, si estuviese Fernando en Madrid, es verdad, estaría como tú dices en el portal del 18...

—Más fijo que la bota del zapatero.

—Yo le haría señas....

—Como siempre.

—Sí, pero le haría señas de que subiese.

—¡Ah! exclamó la alcarreña en tono socarrón; pero Irene sin reparar en ello continuó:

—El subiría.... ya te acuerdas, como aquel día que quise hablarle por la mirilla porque llovía á cántaros.

—Sí, y que salió el vecino de enfrente, y él, creyendo que abrían en casa, se echó por la escalera abajo, tropezando con el aguador y rodando juntos la escalera.

—Buen susto me llevé; pues bien, mira, le abrimos la puerta, entraba.....

—Sí, como Pedro por su casa.

—Ya ves tú, estamos las dos solas.... y yo entonces le llevaba á la sala.

—¡A la sala! ¿y para qué?

—Todo esto es una suposición, añadió Irene por vía de paréntesis, poniéndose como la grana;—porque ya sé yo que Fernando está en Pozuelo y que es imposible que venga.

—¡Por supuesto! con que decía V. que le entraría en la sala; vea V. eso es lo que yo no entiendo por que....

—Verás mujer; una vez dentro de la sala te diría yo....

—¿A mí? dice Petra muy sorprendida, ¡ay qué señorita! ¿con que también me llevaría V. á mí á la sala?

—¡Vaya, ya lo creo! y te diría «Petra, enseña al se-

ñorito Fernando ese baul que me ha enviado mi tío Pascasio con los regalos de boda.»

—¡Calle! con que es su tío de V. el que.... vea V., ya se me figuraba á mi, ese señor viejo, que dice el señor que es el mismo que está retratado en su despacho que parece que acaba de pasar el sarampion, con que.... hay está por qué no queria el señor que ustedes lo vieran.

—Entonces Fernando, —continúa diciendo Irene sin hacer caso de la charla de su confidenta, —como si lo viera se pondria muy pálido y con un aire muy triste, y me diria.... é Irene no estando muy segura de lo que la diria Fernando en tan crítica ocasion se volvió á Petra y la preguntó candorosamente—¿qué te se figura á tí que me diria?

—Toma ¡qué se yo qué le diria á V.! le diria á usted.... «picara, que me has engañado.»

—¡No, estoy segura que no me llamaba picara! vaya, pues no faltaba más, dice Irene con amoroso enfado.

—¡Toma, señorita! cuando los hombres se incomodan con una, y así en un pronto... ¡vaya si se lo diria á V.! añadió como si recapitase evocando sus recuerdos para ilustrar con casos prácticos la cuestion concreta que se la proponia.

—Y yo entonces le contestaria, no señor, no se incomode V.

—¡Si anda! ¡que le iria V. á llamar de V.!

—Vamos no seas tonta, no ves que cuando estamos así de monos, nos llamamos de V.; «no se incomode usted, le diria, porque aunque las cosas han llegado á este punto, papá, mamá y yo estamos conformes en que no se hable más del asunto, y la prueba es que ni siquiera se ha abierto ese baul, con que ya ve usted que no hay motivo para alterarse, sino para estar muy contentos y muy satisfechos.»

—Y entonces él le diria á V....

—El me diria que le perdonase—dijo Irene sonriendo con aquella malicia de lícito comercio de que hemos hablado, —y en seguida se bajaria otra vez al portal del 18 como tú dices; añadió como si esta conclusion la pareciese la cosa más natural del mundo.

—Sabe V. señorita que todo eso está muy santo y muy bueno—dijo Petra—pero todo es hablar de la mar.

—¿Por qué?—preguntó Irene.

—¡Toma! porque si el señorito Fernando estuviese en Madrid la señora no hubiese salido de casa y ni hubiese podido subir, ni ver el baul, ni nada.

—Tienes razon—murmuró Irene—dejando traslucir en su rostro un rubor que aumentó todavía más su singular hermosura: tienes razon, y se quedó pensativa y preocupada como si la observacion de Petra hubiese despertado en su alma ideas y sentimientos desconocidos antes para ella.

La criada, que en su cualidad de *ser para todo*, poseia todos los secretos del difícil arte de confidente, al que la llamaban su inclinacion y sus aptitudes naturales, no quiso que la conversacion, con tanto vigor comenzada, concluyese de muerte repentina; y con el fin de reanimarla, al mismo tiempo que de sa-

tisfacer su curiosidad acerca de todo lo que se relacionaba con la boda con D. Pascasio, principió á hablar de éste, de sus intempestivas proposiciones, de los secretos que de fijo tendria, y más particularmente de los que ocultaria cuidadosamente, para que el chasco de la novia fuese más completo; de tal manera que bien pronto volvió á recobrar Irene su natural viveza, y á paso acelerado se entró con ella por la escurridiza senda de la murmuracion, que con singular habilidad habia abierto á sus ojos la despierta alcarreña.

El génio, la figura, los modales, la conversacion, las manías y hasta el traje del indiano, se comentaron de mil maneras, é Irene y Petra le acerbillaron en efigie á fuerza de chistes y de gracejos, dotándole en su imaginacion de todos los defectos, ridiculeces y molestias imaginables; así, hablando de una cosa en otra vinieron á parar al último esfuerzo que aquel tío tan desconocido como odiado habia hecho, para captarse su buena voluntad, ó sea al anticipado envío de los regalos de aquella boda imaginaria, ó para valerme de la gráfica espresion de D. Pascasio al *mazo*, con que se proponia ablandar el que con justicia suponía duro corazon de su sobrina.

Ni en este punto perdonaron al pobre señor.—¡Qué pesadez de hombre! decia Petra—¡Qué falta de delicadeza! añadia Irene. —¡Qué tontería enviar un baul cerrado, como si sólo por el forro se fuera usted á decidir—insinuaba llena de buen sentido la universal criada!—Ya ves,—y aqui Irene se animaba con cierta espresion de digna y honrada altanería,—como si yo fuese capaz de venderme por todas las galas del mundo.

—¡Cá, ni eso—contestó Petra en ademan desdeñoso: ¿cree usted que su tío se habrá corrido para enviarla á usted esos regalos? No lo crea usted: bonitos son los viejos; será él generoso como pelo de huevo: cuatro pingajos, alguna chuchería, algún que otro cachibache, conchas y caracoles de América, y aqui paz y despues gloria.

Este hipotético inventario del contenido del cofre no fué del gusto de Irene, por lo mismo que renunciaba sin reservas mentales á la boda con su tío; queria hacer con esto un sacrificio (cosa siempre agradable, sobre todo en imaginacion) y no un negocio; por lo tanto, rebajar las riquezas y la generosidad de D. Pascasio, era lo mismo que rebajarla á ella misma en aquella heroica accion que suponía haber realizado; así es que no pudo menos de rectificar con energía la apreciacion de Petra, asegurándole que su tío tendria otros defectos, pero que estaba segura de que era tan desprendido como rico, y que no tenia la menor duda de que los regalos que la habia enviado, y de que ella por de contado ni se ocupaba ni queria ocuparse, puesto que ni verlos deseaba, serian dignos de una duquesa.

—Será todo lo que V. quiera, contestó Petra; pero yo habia de verlos para creerlo.

—Si no fuera porque papá no quiere de ninguna manera que se toque el cofre hasta que venga el tío, le habia de abrir aunque no fuese más que por ha-

certe caer de tu terquera, dice Irene algo picada.

—¡Porque papá no quiere!, replica Petra con tono socarrón;—aunque quisiera, sería lo mismo; no le he dicho á V. que viene cerrado.

—Pero traerá la llave.

—No la trae, no señora, le tengo yo más mirado.

—Pues si le he oído yo decir á papá que había visto la llave.

—La habrá guardado él.

—No, mujer, no, que decía que á propósito la había dejado para que vieses el tío que, si no había yo abierto el baul, era porque no quería.

—Vaya, pues, se habrá perdido, porque esta mañana, antes que se levantase nadie, he estado yo mirando y remirando el dichoso cofre, y no he visto nada.

—No, pues, la llave tiene que parecer, no faltaba más, tu no habrás mirado bien, vamos á verlo.— Y ama y criada se levantaron, saliendo del comedor y dirigiéndose á la sala, en uno de cuyos rincones se encontraba el mueble, á que tantas veces hemos aludido, cauta y religiosamente cubierto con una colcha de tela de Persia.

(Se continuará).

Á LAURA,

COLEGIALA DE UN CONVENTO.

En vano ocultar pretendo
de mi amor tiernos despojos;
que todos á lo que entiendo
en mis ojos van leyendo
que me han herido tus ojos.

Si me heriste inadvertida,
y me robaste la calma
y está en tus manos mi vida,
¿por qué no curas la herida
que me has abierto en el alma?

¿Porqué á tu lado no vivo
en ese claustro cautivo,
y en él mi existencia paso,
y allí tu aliento percibo
y en tus miradas me abraso?

Yo doy suspiros al viento
ante ese claustro sombrío,
y lloran de sentimiento,
á cada suspiro mio,
las rejas de tu convento.

Recójelos tú, mi vida;
vuelve á mi pecho la calma
que por tí lloro perdida;
cúrame pronto la herida
que me has abierto en el alma.

VENTURA DE LA VEGA.

BIOGRAFÍAS ARTÍSTICAS.

WIERTZ.

(CONCLUSION).

III.

Al partir Wiertz para Italia no contaba con más recursos que la módica pensión concedida por el gobierno al primer premio. Así es, que al cruzar la Lombardia para dirigirse á Roma, fué atacado de una calentura, y se curó en el hospital de Milan.

Sin embargo, Wiertz, completamente dominado por su amor al arte y absorto en la contemplación de las obras maestras que por doquier veía, jamás se preocupó de esa necesidad de lujo y de placeres que parece ser natural á los artistas.

Este soberbio desprendimiento y esta indiferencia hácia el fausto y la riqueza, es uno de los rasgos característicos de Wiertz. Cuando un príncipe extranjero le ofreció trescientos mil francos por su *Triunfo del Cristo*, Wiertz le contestó: no puedo vender mi cuadro, porque tal vez mañana tenga que corregir en él alguna cosa.

¿Qué extraño es, por lo tanto, que Wiertz, con una alma de este temple, hiciera todo el tiempo que permaneció en Italia una vida metódica, austera y solo consagrada al estudio de su arte? Las seducciones de ese país, pátria de los placeres y donde la vida es una fiesta continuada, nada pudieron sobre nuestro pintor; esas funestas pasiones que dominaron la existencia de Van-Dyck, de Leopoldo Robert y de tantos otros, jamás hallaron cabida en el corazón de Wiertz, que sólo tuvo una querida: la pintura.

Después de haber recorrido toda Italia estudiando detenidamente las muchas obras maestras que encierra, Wiertz volvió á su pátria conduciendo, como fruto de sus viajes y de sus estudios y como un tributo á su país, *la muerte de Patrolo*, su gran página homérica.

Este cuadro, primera obra importante de un artista que daba con él su primer paso en el camino de la gloria, no sólo tropezó con esas dificultades que encuentra siempre el génio al querer estender sus alas, sino que estuvo á pique de ser rehusado por la academia de Bellas Artes de Amberes, que se negaba á pagar la conducción al navío que lo había llevado desde Italia. Quinientos francos de porte parecía un precio excesivo y un argumento suficiente á la crítica para negar el mérito de una obra de tan colosales y ruinosas proporciones.

Afortunadamente, el secretario de la academia de Bellas Artes, que no por ocupar este puesto, dejaba de tener alguna afición á la pintura, y lo que es más extraño, cierta inteligencia artística, tuvo curiosidad de ver el cuadro y mandó desclavar el cajón que lo encerraba. La obra apareció á la vista del secretario, que desde aquel momento comprendió el génio de Wiertz, y se hizo su admirador más entusiasta.

Wiertz no pudo, sin embargo, llegar á la altura de su reputacion, sin que antes los mil reptiles de la crítica envidiosa no trataran de morderle los talones. Afortunadamente nuestro pintor, que, como Alonso Cano, Miguel Angel y Leonardo Vinci, pasaba de la pintura á la escultura, y de ésta á la arquitectura, sabia manejar ademas la pluma, y la manejaba diestramente. Más de una vez los criticos debieron sentir los acerados dardos que el pintor les lanzaba en sus réplicas.

El primer trabajo literario que produjo Wiertz fué el *Elogio de Rubens*, memoria premiada en Amberes. El primer paso que el pintor daba en las regiones literarias hacia presagiar sus triunfos sucesivos. El amor propio nacional contribuyó algo al éxito de una obra en que se alzaba al pintor de Amberes sobre Rafael, Velazquez y todos los grandes maestros.

Wiertz escribió tambien un libro en que planteaba esta cuestion: ¿es posible la crítica en materias de arte? y la resolvía negativamente. Tambien escribió otra obrita en que trataba de probar que lo más funesto para el arte son los caprichos de la moda en las reglas de lo bello, que debieran ser eternas.

En estas obras y en otras varias que ha escrito, Wiertz, como Diderot y como Proudhon, es sumamente agresivo en el fondo y en la forma de sus proposiciones. Al mismo tiempo que atacaba con esa violencia apasionada la crítica envidiosa y pedantesca, su ingenio malicioso y burlon le proporcionaba armas terribles.

Wiertz tenia algunas quejas del Jurado de la Exposicion de Bellas Artes de Paris; y queriendo vengarse de él, imaginó hacerle víctima de una ingeniosa jugarreta. Pidió prestado á un amigo suyo un magnífico cuadro de Rubens y lo remitió á la Exposicion despues de haber puesto en una esquina del lienzo su propia firma: *Wiertz*. El Jurado rechazó el cuadro como indigno de figurar en la Exposicion, y entonces Wiertz declaró la burla. Los periodistas se divirtieron grandemente por espacio de quince dias á espensas de la ignorancia del Jurado.

Wiertz no es sólo un artista fantástico é ingenioso, como lo prueban ciertos hechos que hemos citado y la originalidad de su conducta; no es tampoco únicamente un pintor de génio como se ve en la *muerte de Patrolo*, el *Faro del Gólgota* y el *Triunfo del Cristo*; Wiertz es ademas un hombre grave y estudioso. El descubrimiento de la *pintura mate* es el fruto de largas vigiliadas en experimentos y meditaciones.

Este procedimiento puede producir una verdadera revolucion en el arte. Tiene todas las ventajas de la pintura al fresco, sin ninguno de los inconvenientes que ésta ofrece, y puede emplearse lo mismo en la pared que sobre el lienzo. Ademas de esto, la naturalidad de los tonos, la transparencia, la frescura, el

vigor y hasta la suavidad del colorido, demuestran lo importante de esta invencion con que se ha enriquecido la pintura.

Para demostrar la inalterabilidad de los cuadros pintados de este modo, Wiertz los ha tenido muchos años espuestos á la intemperie.

VI.

Voy á terminar estos datos biográficos.

Wiertz es un hombre cuya posicion en el arte no ha sido aun claramente definida: unos le creen un gran pintor; otros le consideran como un estravagante, como un loco. Pero todos le conceden talento, entusiasmo, perseverancia, amor al arte, desinterés y ciencia.

Yo no conozco ninguna de sus obras; pero á juzgar por las noticias que sobre ellas me han dado algunos amigos míos que las han visto, y cuya opinion es para mí de gran peso en la materia, es indudable que Wiertz es un gran artista, y que si aun no ha alcanzado hoy la reputacion á que se ha hecho acreedor, dia llegará en que se le conceda la posteridad, más justa.

De todos modos la existencia de este hombre puede servir de provechosa leccion á los artistas.

Ni de la larguísima biografia de Wiertz, escrita por el doctor L. Watteau, de donde he tomado algunos de estos datos, ni de las noticias que me han suministrado mi querido amigo D. Francisco Sanz y algunas otras personas, he podido sacar en limpio de qué color era el pelo de Wiertz y cuál era el nombre de su abuela. Yo no he podido llenar este vacío deplorable, á pesar de las diligentes investigaciones que para ello he practicado. Lo siento por las personas que se cuidan mucho de estos detalles. Confieso que, bajo este aspecto, la biografia de Wiertz es sumamente defectuosa.

Sin embargo, por incompleto que sea mi trabajo, creo que llene mi objeto, que es infundir aliento á los que se dedican al cultivo de las artes.

ANTONIO ECHAVARRÍA.

VARIETADES.

Oigan Vds. lo que pasa en el primer acto de una comedia:

Una muchacha de la corte se halla accidentalmente en un pueblo con su padre, hombre ambicioso que no aprueba los amores de su hija con un joven del lugar; éste, que tambien quiere á la muchacha, tiene un padre, hombre honrado y de buen juicio, á quien debe singulares favores y amistad el padre de la chica; llega un personaje de la corte, aspirante á la mano de la muchacha, y dice al padre de ésta, que es preciso volver pronto á la corte, donde le espera una gran fortuna; el ambicioso papá dispone en aquel mismo instante su vuelta á Madrid, sin dársele

un pito del pesar que causa á su hija; ésta llora al separarse de su novio, el cual, afligido con la marcha de su amada, obtiene de su padre el permiso, la bendición y los consejos necesarios para ir á la corte á buscar fortuna.

Diga V., señor Rubí, ¿no es esto lo que pasa en el primer acto de *La Rueda de la fortuna*?

¿No es verdad, señor Larra, que esto es lo que pasa en el primer acto de *El bien perdido*?

Desafío á que nadie me diga á cuál de las dos comedias se aplica con más exactitud el resumen que acabo de hacer del primer acto.

Lo que yo puedo asegurar es que, entre el primer acto de la una y el de la otra, hay más que cierta semejanza: hay una semejanza *cierta*.

Si se me apura un poco, y aunque no me se apure nada, diré que, con respecto á la acción, hay una identidad casi absoluta.

**

Hace pocos días que al pasar por cierta calle se me acercó un pobre, y me dijo:—Caballero, una limosnita por amor de Dios, que tengo tres hijos y no lo puedo ganar!

Meti la mano en el bolsillo, y sacando una pieza de dos cuartos, que allí vivía solitaria, y que de otro modo hubiese ido á parar al bolsillo de Santana, se la di al pobre.

Esto era por la mañana; á la noche volví á pasar por aquel sitio, y se me acercó otra vez el mismo pobre diciendo con su lastimosa salmodia:—Caballero, una limosnita por amor de Dios, que tengo cinco hijos y no lo puedo ganar!

—Hombre, le dije, esta mañana no eran más que tres....

—Si, señor; pero es que mi mujer ha parido dos al mediodía.

**

Entre los cuadros notables que se están pintando para la próxima Exposición de Bellas Artes, parece que hay uno tan sumamente grande, que para ver las cabezas de las figuras, será preciso subirse á una escalera. Hemos oído hacer grandes elogios.... de las colosales dimensiones de esta obra.

**

Del arte la moderna metafísica,
Perico, nos enseña que no es sano
Enlazarse á un marqués: tarde ó temprano
La esposa acabará por morir tísica.

Si ese afán de grandezas no remedia
Por tu hija teme ¡oh Pedro! que tus pasos
La esponen ¡ay! á los infaustos casos
Que á menudo se ven.... en las comedias.

**

—Vamos, Paquito, pónganos usted un ejemplo de cantidades heterogéneas.

—Ejemplo: *Un cuadro, un melonar y dos bodas.*

—Bien: ¿se pueden sumar estas cantidades?

—Si señor.

—Pues, súmelas usted.

—Ya está.

—¿Cuál es el resultado?

—Cinco melones, señor maestro.

**

Hemos tenido el gusto de oír en el piano á la señorita doña Teresa Carreño, que ha venido de París con objeto de hacerse oír en esta corte.

Si decimos que la señorita Carreño es una niña, pues apenas cuenta 13 años, nuestros lectores van á creer que alegamos esta circunstancia para que resalte el mérito de esta distinguida artista, por el contraste que, con su tierna edad, presenta. No lo decimos por eso; hacemos constar el hecho y nada más.

Supongan nuestros lectores que hablamos de un artista, en toda la plenitud de su fuerza, en toda la madurez de su talento y con largos años de práctica y estudio, y no rebajan ni un ápice de los elogios que concedamos á esa precoz artista.

La señorita Carreño, con sus tiernas y delicadas manos, acomete en el piano pasajes de tan difícil ejecución y de tal fuerza, que asustarían á las nerviosas y vigorosas manos de los presdgitadores de semifusas. Y, sin embargo, bien podemos asegurar que este es el menor mérito de la joven pianista. ¡Qué brillantez, qué limpieza, qué elegancia, qué sentimiento en la expresión de lo que toca!

En fin, suspendemos aquí nuestros elogios, porque tememos dejarnos arrebatar por el entusiasmo, y que nos crean poseídos de una admiración apasionada y ciega.

La señorita Carreño piensa dar algunos conciertos; cuando el público la oiga nos acusará, estamos seguros, de haber sido escésivamente parcos en nuestras alabanzas.

**

El Ateneo promete estar muy animado en el presente invierno. En todas las secciones se preparan temas, que serán discutidos con la elocuencia y lucidez características de tan importante sociedad científica y literaria.

**

Anoche se celebró reunión literaria en casa del señor Corzo y Barrera. Se leyeron, como siempre, lindísimas poesías.

**

En la Academia del distinguido actor Sr. Cappel se celebró anoche una función dramática.

**

El eminente actor, Sr. Valero, ha salido de Valladolid con direccion á Búrgos, donde piensa dar algunas funciones; entre los distinguidos artistas que le acompañan, figuran la señora Cayron y los señores Besudí y Ruiz. Felicitamos á los descendientes de Lain Calvo y Nuño Rasura.

**

Tenemos el gusto de poner en conocimiento del público que los trabajos del local destinado á la Exposicion de Bellas Artes se hallan ya muy adelantados, y se trabaja sin descanso para que puedan estar terminados muy en breve.

Felicitamos á los artistas, que son los más directamente interesados en la pronta terminacion de esta obra.

Ahora sólo falta que ellos se den prisa á concluir los trabajos que piensen esponer en el nuevo edificio, el cual, segun nuestras noticias, tendrá todas las condiciones necesarias para el fin á que se le destina.

**

Anteanoche tuvo lugar en el Régio Coliseo la cuarta representacion de la ópera *Favorita*.

Si brillante fué el éxito de esta ópera en la primera representacion y siguientes, superior fué, si cabe, en la última, en la que la señora Borghi produjo un verdadero entusiasmo en el duo del primer acto, ária del tercero y duo del final. Cada frase que salía de sus labios era una nueva impresion que recibía el público, pues su esquisita sensibilidad y su voz agradable se infiltraba en el corazon de los espectadores, y los bravos y aplausos repetidos probaron cuánto puede una artista de talento dominar un público, por difícil y severo que sea, pero que aprecie y recompense el verdadero talento.

El Sr. Naudin compartió con su distinguida compatriota los espresivos plácemes de todos, pues cantó é interpretó el papel de Fernando con el gusto é inteligencia que nuestros lectores conocen.

Esta ópera dará indudablemente numerosas entradas, pues es de las que en su conjunto mejor se ejecutan en el Régio Coliseo, y la empresa debe felicitarse de haber reunido en su Teatro artistas tan notables como los que interpretan *Favorita*.

**

MADRIGAL.

Siempre estoy llorando agravios
porque me das siempre enojos;
¿Por qué me dicen tus ojos
lo que me callan tus labios?

Si tu mirada provoca,
tu silencio hace dudar;
manda á tus ojos callar
ó deja que hable tu boca.

**

El Sr. Selva ha llegado á esta córte, y debutará, segun nuestras noticias, con *Roberto el diablo*, encargándose del papel de Bertrand. El de Alice lo desempeñará la señora Penco. El protagonista se le confiará al Sr. Fraschini, y el de la princesa Isabella á la señorita Saunieri.

**

El *Guillermo* ha tenido en el Liceo de Barcelona un éxito desgraciado. El tenor Lefranch no pudo, á pesar de sus esfuerzos, interesar al público en el papel de Arnoldo. El conjunto y direccion musical pecó de abandono y cierta precipitacion.

La *Martha* salió en conjunto algo mejor; pero tampoco llenó los deseos de la concurrencia. Parece que aquel director, Sr. Vianesi, precipita las representaciones y suele cambiar los tiempos no muy acertadamente.

La única artista que ha merecido los aplausos de los barceloneses hoy, es la señora Pascal, que cada vez gusta más, y arranca aplausos con su hermosa voz, buen método y verdadera agilidad. Ya tuvimos ocasion de oirla aquí en el teatro de Rossini, donde fué aplaudida por el público de esta córte. Esta artista es de porvenir, y ocupará un buen lugar entre los artistas de reputacion.

EL ARTE.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid: en la Administracion del periódico, calle de Santa Catalina, núm. 12, y en las librerías de Duran, Carrera de San Gerónimo; Baylli-Bailliére, Plaza del Príncipe D. Alfonso; Miguel Guijarro, Preciados, número 5; La Publicidad, Pasaje de Matheu; Leocadio Lopez, calle del Cármen; Villaverde, calle de Carretas, número 4.

En provincias: en casa de los corresponsales, y en las principales librerías.

Fuera de Madrid no se admiten suscripciones por menos de un trimestre; sin embargo, los que deseen suscribirse por meses en provincias, podrán hacerlo, remitiendo al administrador del periódico, D. José Teulon, (calle de Santa Catalina, núm. 12), el importe del mes en 10 sellos de cuatro cuartos.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid, un mes.	4 reales.
Id., trimestre.	10
Provincias, trimestre.	12
Estranjero, trimestre.	16
Ultramar, semestre.	2 1/2 pesos.

EDITOR RESPONSABLE: ELADIO LEZAMA.

MADRID, 1866:

Imprenta de J. Fernandez y compañía, Santa Catalina, 12.